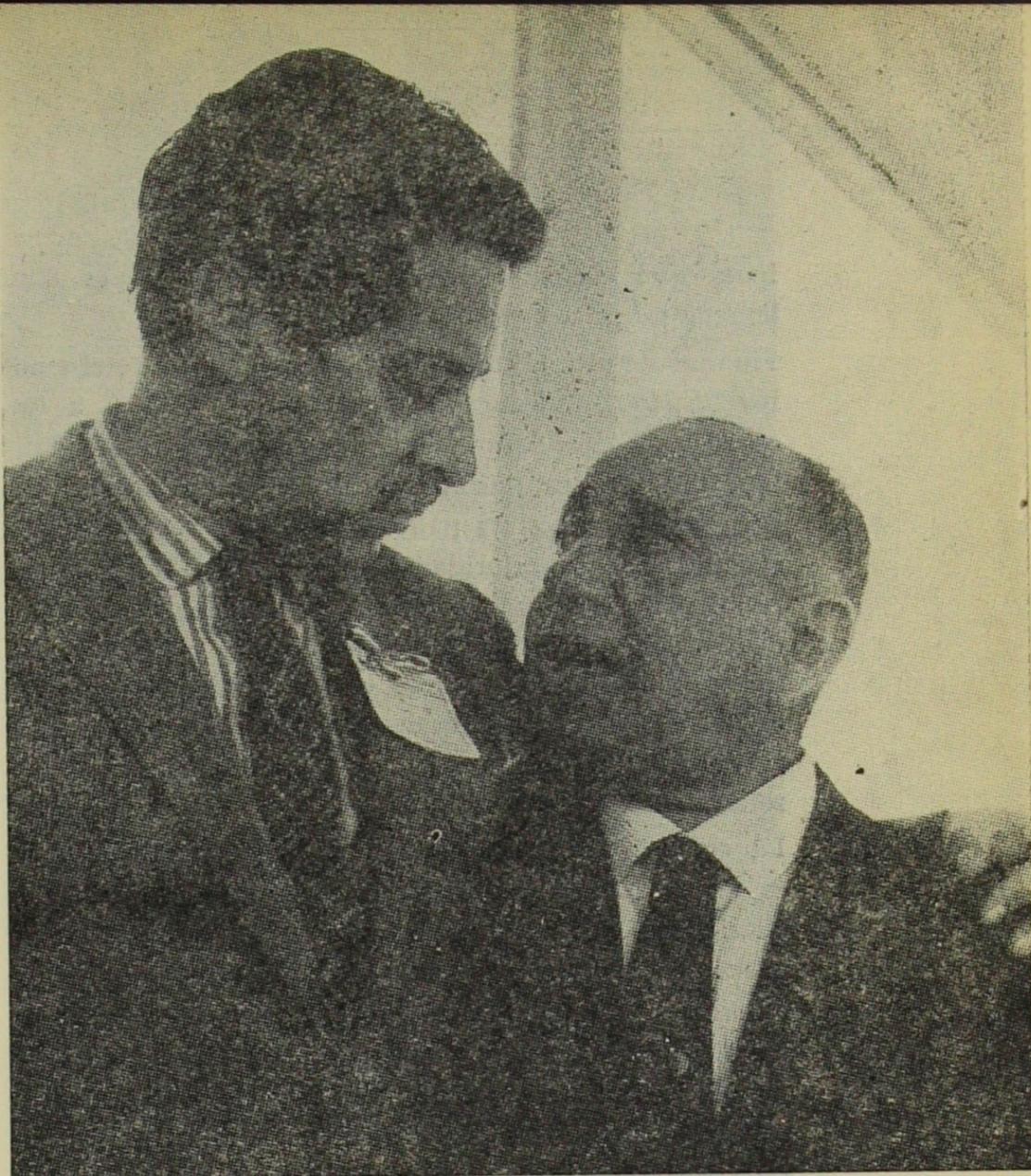


nes de Buenos Aires que, probablemente, después van a tener influencia en la conducción de los problemas de sus países y si no ellos, gentes que piensan como ellos. Debemos rectificar este falso concepto y darles a conocer nuestras obras, sacarlos de su estado de ignorancia. De ese modo, haremos la mejor obra de defensa propia porque nuestro mutuo conocimiento, nuestro mutuo respeto que se convertirá en fraternidad, es indispensable para hacer frente a otros problemas y a defensas todavía mucho más importantes. (Aplausos).

Una amistad nacida de una aparente contradicción: Mario Monteforte y Samuel Román



MITOS, FALACIAS Y POSIBILIDADES LATINOAMERICANAS, SEGUN MARIO MONTEFORTE

SR. MILLAS (Pres.). Por la premura del tiempo, se acuerda que el debate sobre la disertación del señor Gerardo Mello Mourao, sea postergado para la próxima sesión. Siguiendo el programa de trabajos del Congreso, tiene la palabra el señor Mario Monteforte, de Guatemala.

SR. MONTEFORTE. La América Latina ha vivido de una serie de mitos más o menos hermosos, que la historia se ha ido encargando de demoler. Uno de ellos es el mito de la geografía. Según esta concepción la geografía americana nos une. Primera gran falacia. No es Chile solamente la extravagancia geográfica, es toda la América. La Cordillera de los Andes no nos matrimonia a los pueblos, nos divorcia, nos separa en dos mundos económicamente opuestos, totalmente distintos: el mundo del Pacífico y el mundo del Atlántico. Mundo de minerales, mundo de indios, mundo de altiplano, mundo de planicies.

El segundo mito es el de los orígenes, desde el cual somos iguales porque hablamos la misma lengua, y

profesamos la misma religión; segunda falacia. No hablamos la misma lengua. Hay más de 90 millones de hispanoamericanos que hablan portugués; hay más de un millón y medio de caribeños que hablan lenguas africanas; hay cerca de 20 millones de hispanoamericanos que hablan lenguas indias exclusivamente, y aún el castellano hay que ponerlo en salmuera. El castellano que hablan nuestros pueblos, es distinto del que hablan los escritores; el castellano que hablan nuestros pueblos es segmentado, surgido de levaduras propias, y por consiguiente diverso en toda la América. Casi no se entiende un hombre del pueblo de Chile con un hombre del pueblo de la Argentina, y calculen Uds. ¿cómo se puede entender un hombre de Chile con un hombre del pueblo de México? El castellano que hablamos los escritores y sobre todo el que escribimos parece una lengua extranjera; lo hablamos con cuidado como se habla una lengua extranjera, con temor. Cuando se oye hablar a los españoles es cuando se comprende mejor

hasta qué extremo el castellano todavía no es una lengua nuestra.

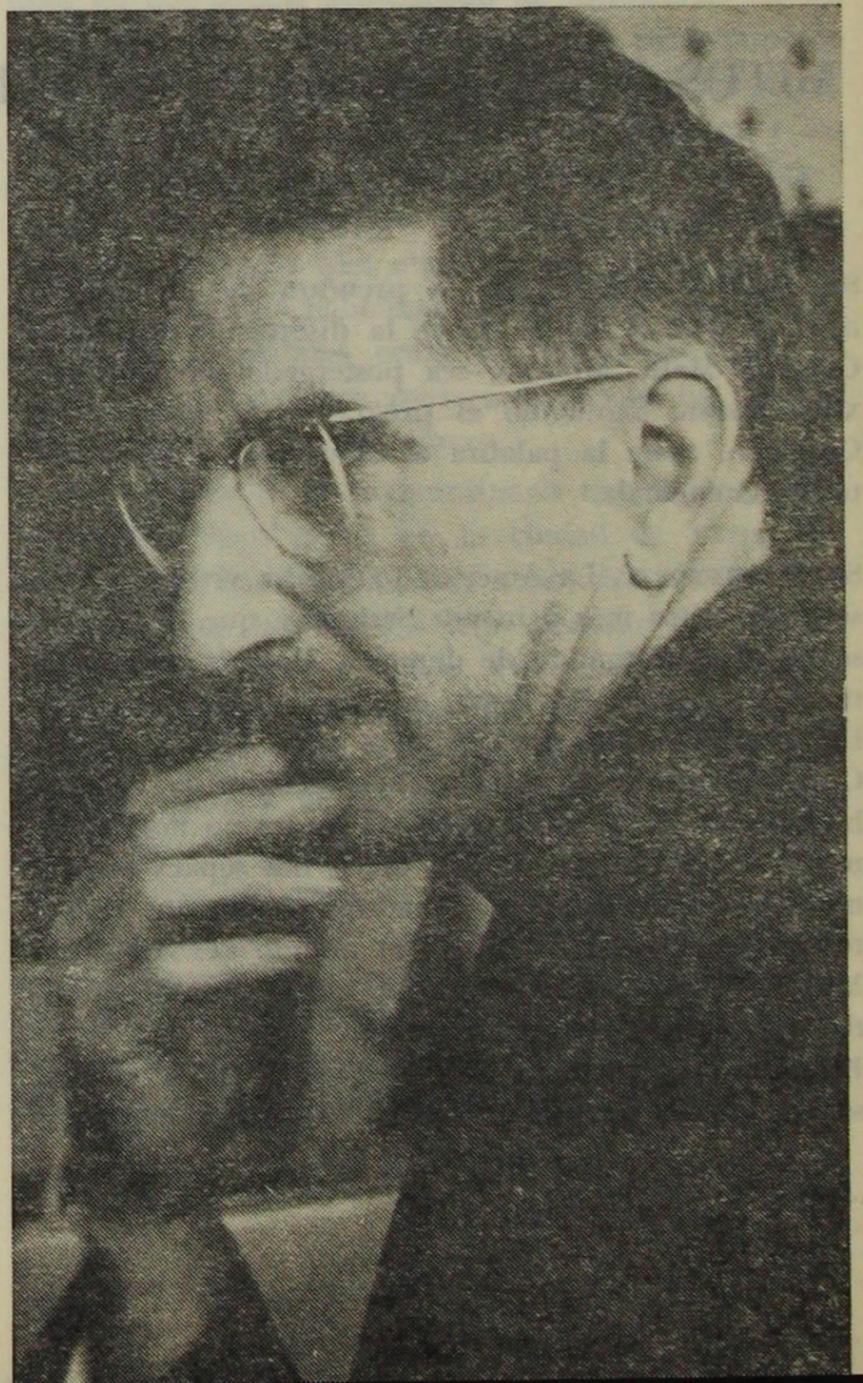
Finalmente está el mito de la fraternidad sobre el cual los hispanoamericanos nos adoramos los unos a los otros y nos consideramos miembros de la misma familia, hijos de los mismos padres; tercera falacia. En cada uno de nuestros países hay causas más o menos iracundas de superioridad con respecto a los vecinos, problemas de fronteras, rencores heredados de guerras desarrolladas a lo largo del siglo XIX, y una serie de razones entre las cuales el chileno es mejor que el argentino y que el peruano, el mexicano mejor que el guatemalteco, el colombiano mejor que el venezolano, etc.

La cultura no es un fenómeno nacional, la cultura es un fenómeno de clases, es una resultante de las conciencias de las clases sociales. Esto se puede ver muy bien a lo largo de la historia hispanoamericana; empieza a surgir la idea de la conciencia cultural a fines del siglo XVIII por contraposición entre los señores de clases altas y los españoles. Los españoles dueños de las tierras y del poder real, los criollos de clases altas disputando ese poder y aspirando a eliminarlo. Es así como empieza a surgir una conciencia de la cultura hispanoamericana, una cultura de clases altas, en la cual nuestros pueblos carecen por completo de esta participación. A lo largo del siglo XIX, y con motivo de la independencia, surge una segunda actitud cultural, también de clase alta. La clase media a lo largo del siglo XIX se posesiona del poder político y se va posesionando del poder económico y desplazando a la vieja oligarquía colonial. En verdad esto no ocurre en todos los países, por desgracia, y en algunos de ellos todavía hay plena vigencia de los estratos privilegiados de la era colonial. Pero, fundamentalmente, el siglo XIX es la historia de la clase media y de su cultura y esa cultura no es hispanoamericana, esa cultura es totalmente europea. Son las ideas de la Revolución Francesa al principio del siglo XIX. De mediados del siglo XIX adelante son las ideas populistas, las ideas de la Comuna de París y un poco más tarde, las ideas del materialismo histórico y el socialismo. Todo venido de Europa y expresado con más o menos clarividencia por hombres hispanoamericanos —eso es verdad—, pero ésta no es una cultura surgida, sustanciada en América Latina. El pueblo no participa en los textos que van despertando la conciencia hispanoamericanista desarrollada a lo largo del siglo XIX. En el siglo XX ocurre una primera revolución profunda que es la mexicana. Esta es quizá la primera posibilidad de incorporación del pueblo a las cumbres de las cuales parte la cultura nacional. Es evidente que la conciencia de cultura nacional



Carla Cordua, de la Universidad de Concepción, ensayista y profesora de Filosofía, rebatió a fondo la ponencia sobre el arte de Jorge Elliott

¿De qué pareciera arrepentirse el Padre Rafael Sánchez (U. C. de Chile)? Fue uno de los que filosofó con seriedad



que existe en México hoy, incuestionablemente, pese a los burgueses de esa revolución, es la cultura que ha recibido la sustancia popular. Esa es, en verdad, una cultura nacional, ya no es una cultura de clase superior. Pero este ejemplo es esporádico en América Latina.

Veo una segunda revolución, que es la Revolución Cubana, en donde también participa el pueblo en la hechura y en la manufactura de la nación y consecuentemente empieza ya a surgir una cultura de tipo nacional que con seguridad es propia, con raíces populares.

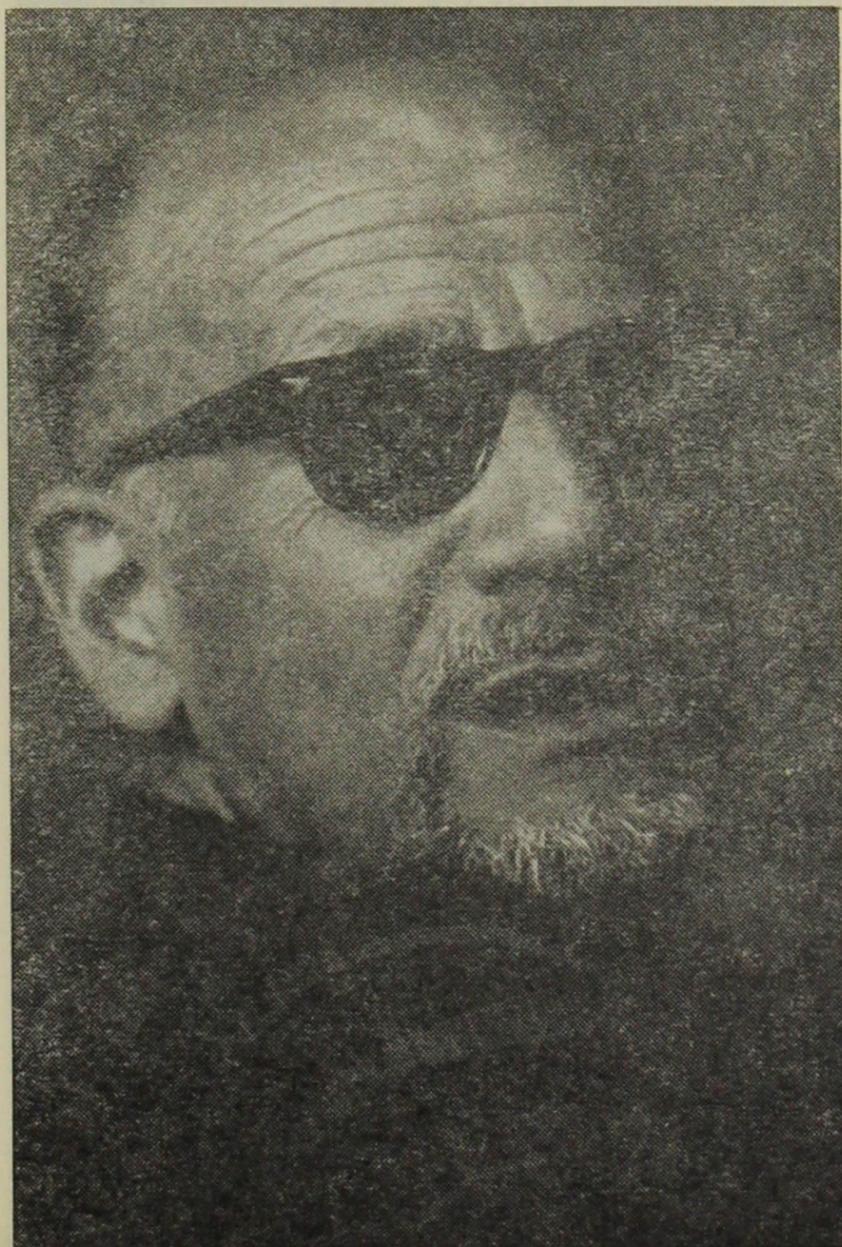
A ese cuadro, que es evidentemente negativo, hay que añadir que casi todos los lazos que unen a las culturas hispanoamericanas, también son rasgos muy negativos, también son rasgos contemporáneos. Uno de ellos es el nacionalista. El nacionalismo que se esgrime en la América Latina como una ametralladora contra los vecinos; existe la chilenuidad, la mexicanidad, la peruanidad, la república dominicanidad, etc.; cuando no es algo todavía más grave, que es la antofagastidad, etc. subdivisiones de este concepto privado particular, aislacionista y antihumano que es este concepto falso del nacionalismo.

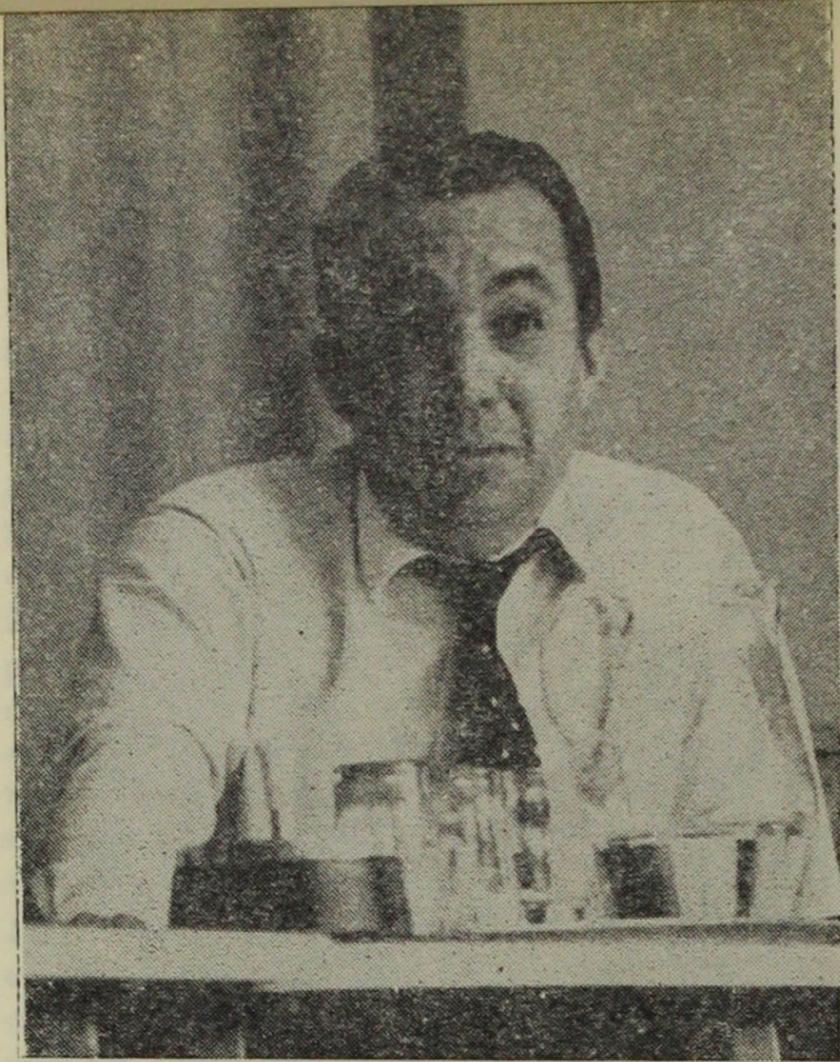
Existe también, como otra producción nativa común, el antiyankismo. Si rascando bajo la piel de la inmensa mayoría de los hispanoamericanos encontramos este rencor y esta actitud vigilante contra el imperialismo norteamericano —actitud por otra parte abonada por la historia legítima y en muchos aspectos fecunda para nuestra seguridad— encontramos también un prurito, un afán, una apertura hacia el concepto del desarrollo y sabemos que estamos atrasados y estamos comunando por el desarrollo nacional. Pero por desgracia, tenemos también una visión negativa del concepto, o es que estamos confundiendo el desarrollo de una clase social con el desarrollo de un país entero. Cuando vemos surgir fábricas, espléndidos hoteles e instituciones de créditos, tendemos a pensar que eso equivalga al desarrollo nacional y eso es falso. En tanto que ese desarrollo no equivaldría a un desarrollo multclasista total del país, este desarrollo es de una sola clase; no está beneficiando al total de la población, pero evidentemente, existe esa conciencia de la necesidad de la historia del desarrollo. Existe también —yo creo— de parte de los hispanoamericanos lúcidos, la conciencia de que vamos quedando a la zaga de la historia. Estamos viendo marchar al Africa a una velocidad vertiginosa hacia la integración mundial. Vemos también una preocupación de ese mismo elemento positivo en el Asia y aún en la Oceanía, pero con respecto al desarrollo mundial, hace 100 años Hispanoamérica iba mucho más adelante de lo que hoy está. Debe-



Sylvia Soublette de Valdés sugirió la transformación de los institutos binacionales de cultura, en institutos latinoamericanos

Antonio Romera, de Chile: "¿qué es el supuesto valor americanista de la pintura de Diego Rivera, en qué radica?". . .





Carvalho Neto, de Brasil, un erudito del folklore americano

mos confesarnos de la manera más triste que Hispanoamérica es la retarguardia de la tierra en materia de ritmo de desarrollo. Todo esto inspira un sentimiento también altivo y a veces fecundo, que es la cólera. Los hispanoamericanos somos unos seres encolerizados. Cuando escribimos, cuando pintamos, hay cierto carácter de rabia en lo que hacemos y me parece que dado el cuadro, con toda la razón del mundo. En cuanto a conciencia, pues, en cuanto a existencia de una cultura, estamos un poco entre Hegel y Humboldt, dos alemanes; Hegel, el que dijo que Hispanoamérica era apenas —y que estaba destinada a ser— un apéndice de Europa, y Humboldt, el entusiasta que vino a América, y que nos habla de la unidad en la cual todavía tiene fe. También estamos un poco entre Monroe y Bolívar. Monroe, quien nos habla de una América para los americanos, en ese caso los americanos del norte, y Bolívar quien nos habla de una América para los hispanoamericanos; dos sueños, el uno pesadilla para nosotros y el otro, ojalá, sueño profundo y próximo.

Llega la hora de examinar cuáles son las posibilidades —pues— de una cultura hispanoamericana. Rehuyo —ya lo apuntaba esta mañana el Doctor Ardao con sus compañeros—, rehuyo deliberadamente el término esencia de la cultura. Hablemos nada más de la existencia. Esta existencia tiene posibilidades; en primer lugar me parece que el problema se pre-

senta como un problema de integración nacional. En tanto no haya integración nacional auténtica en cada uno de sus países, no se puede hablar de cultura nacional y por lo consiguiente, no se puede hablar de suma de culturas, interpretaciones regionales de una cultura hispanoamericana. Esta integración nacional se ha realizado a lo largo de la historia y se seguirá realizando en virtud simple, neta y exclusivamente de dos infundios, o la revolución, o la evolución. Se nos habla de una revolución en libertad, en calma, en paz. Aunque todavía no la hemos visto en la historia de la humanidad, esperamos fervientemente que esto sea posible, porque no estamos en el caso de situarnos en posiciones sanguinolentas, pensando que solamente la sangre es fecunda. Pero evidentemente hay que trastornar de cuajo el orden social, político y económico de nuestros países para poder lograr una cultura nacional. Y esto hay que llevarlo por la vía revolucionaria y cuando es posible, por la vía de la revolución en paz. ¿Cuál es el papel del intelectual dentro de este cuadro? El intelectual hispanoamericano hoy pertenece al mundo marginado, pertenece al mundo de la ciudad. Era más importante en la generación de Sarmiento o de Alberti o de Portales, que la generación actual. Nosotros no tenemos nada que hacer con lo que están haciendo hoy día los constructores de naciones, que son los técnicos, que son los financieros y desgraciadamente, los militares. Los escritores y artistas hispanoamericanos no estamos participando en la hechura de las naciones a nivel de Estado, quizá un poco por nuestra culpa. Y esta culpa deriva de una desconexión entre nuestro gremio, nuestras clases y el pueblo al cual decimos pertenecer. Esta deslealtad no puede sino inducir a error y a equívocos. Llegó el momento en que hay que definir las actitudes de los hombres y me parece que hay una gran flaqueza en el mundo intelectual hispanoamericano. Si nos confesamos de verdad, no estamos siendo leales a nuestros pueblos. Estamos aspirando a crear unas clases, una especie de república ideal, platoniana, y acuérdense ustedes que ya el mismo Platón nos excluyó del mundo del olvido. Creo, pues, para resumir, que no hay más que una posibilidad de creación y existencia de una cultura hispanoamericana. Esa posibilidad es la inmersión en el pueblo al cual pertenecemos. Y no estoy hablando de una cultura populista, que en gran parte me parece despreciable, porque no hay arte del pueblo, no hay un arte del proletariado y eso lo dijo Lenin, no lo estoy inventando yo. Pero es preciso encontrar allí en la verdad nacional, la raíz de la cultura nacional, y la síntesis sólo la lograremos una vez afirmada la seguridad de esta cultura en cada uno de nuestros países. Muchas gracias. (Aplausos).